

El pecado, ¿puede hacernos felices

Martha Morales

La naturaleza humana es preciosa, Dios se admiró de ella y dijo "que era buena"

(Génesis), pero perdimos la bondad libremente con el pecado original, así que el pecado es solamente esto: infidelidad al modelo original. Podemos recuperar en parte esa bondad a través de la lucha por parecernos a Cristo. Él es el modelo. Para eso se encarnó, para hacer visible lo invisible. En la mente del Creador está el perfil ideal del ser humano, pero con el pecado el hombre degradó esa imagen. Allí está la fuente de las infidelidades. Jesús se encarnó para ser uno de nosotros y enseñarnos a decirle a Dios "Padre nuestro", que es la clave de la recuperación.

El Hijo Pródigo

En la parábola del hijo pródigo el hijo pide la parte de la herencia que le toca; el: Padre queda reducido a un simple transmisor de un patrimonio. Lo único que al hijo le interesa del padre son los bienes, no sus consejos, sus valores, su cariño. Pide su parte de la herencia como si su padre estuviera ya muerto. Lo que más debió herir el corazón del padre fue la ingratitud. La arrogancia inherente de todo pecado queda aquí especialmente manifiesta.

"Se fue lejos". Hay dos maneras de irse lejos: de golpe, por una ruptura clamorosa con Dios-por el pecado mortal-, o a pequeños pasos, a base de componendas, de omisiones: es decir, con pecados veniales y con una tibieza habitual. El resultado en el fondo no es muy distinto: nos encontramos lejos de Dios.

Con unos toques magistrales queda descrita toda la parábola del pecado. El pecado te promete el oro y el moro, te da ilusión de eternidad, y al día siguiente hace que te encuentres disputando las bellotas de los cerdos.

San Pablo dice: "El salario del pecado es la muerte" (Rm 6,23). La muerte, ante todo, de la libertad. El pecado deslumbra con la promesa de libertad. Y lo que, al final da el pecado es la esclavitud. "Quien peca es esclavo del pecado" (Jn 8,34).

El hijo pródigo reconoció su error, volvió a entrar en su corazón. El pecador, al alejarse de Dios, se aleja de sí mismo. Para volver a Dios hay que empeñarse por volver a entrar en uno mismo. Éste es el momento decisivo. Por las palabras que dice el joven se ve que su arrepentimiento es sincero, y no es un cálculo humano. Y en eso está la diferencia. El cálculo y los falsos sentimientos de culpa tienen como

objeto no lo que está mal "a los ojos de Dios", sino lo que está mal a los propios ojos o a los ojos de la sociedad y de sus convencionalismos¹.

El sufrimiento y la enfermedad constituyen muchas veces para el hombre una ocasión para meditar a fondo en su propia vida. La Escritura hace de ello un principio general: "Quien ha sufrido en su carne ha roto con el pecado" (1 P 4,1).

La forma que Dios eligió para perdonar los pecados, que pasa por la confesión de los mismos, responde a una necesidad profunda de la psique humana: la de liberarse de lo que oprime, manifestándolo. El abandono de la confesión desemboca en una pérdida progresiva de sensibilidad ante el pecado y de fervor espiritual. Para que la confesión sea decisiva en la lucha contra el pecado, ha de vivirse como un encuentro personal con Jesús resucitado que, por mediación de la Iglesia, nos comunica la fuerza sanadora de su Sangre y nos devuelve la alegría de estar salvados.

¿Cómo ganarían en eficacia nuestras confesiones si tuviésemos el valor de bajar de una vez por todas hasta la raíz, que es donde se decide la orientación de una persona, por Dios o contra Dios! Las grandes vueltas a Dios, al menos en la Iglesia Católica, se han sellado siempre con una confesión liberadora, de la que el hombre se ha levantado con la sensación de haber vuelto a renacer.

La parábola continúa con el regreso del hijo pródigo: "Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y echando a correr, se le echó al cuello". Ningún reproche por haber derrocado la herencia. Es propio de una madre el acoger así al hijo extraviado que vuelve a casa, arrepentido. Aquel padre no cabe en sí de alegría. "Lo mismo que una madre se siente feliz cuando ve la primera sonrisa de su hijo, así se alegra Dios cada vez que un pecador cae de rodillas y le dirige una oración hecha de todo corazón" (Dostoiewsky).

Dios espera en nosotros

Y precisamente en esto reside el aspecto más revolucionario de la parábola. ¿Por qué tiene que pesar más en la balanza una oveja que todas las demás? ¿Por qué hay más alegría en el cielo por un pecador arrepentido que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse?. La explicación la da el poeta: Aquella ovejita, al perderse, hizo temblar el corazón de Dios. Dios temió perderla para siempre, temió verse obligado a condenarla. Este miedo hizo nacer en Dios la esperanza, y la esperanza, al verse hecha realidad, produjo

¹ Cf. Raniero Cantalamessa, *Un Himno de Silencio*. Colección Agua Viva, Ed. Monte Carmelo, España 2001, pp. 48-49.

alegría (Charles Péguy). Dios tiene mucha confianza en el ser humano.

El error del hijo mayor fue pensar que el haber estado siempre en casa de su padre y haberlo servido en todo, no era un privilegio, sino un mérito suyo, no era una alegría sino un trabajo. Más que como hijo se comporta como un mercenario. Cree que su padre está en deuda con él. Cerremos aquí nuestro comentario. En este punto, la realidad es más bella que la parábola. En realidad, el hijo mayor no se quedó en casa, sino que se fue él mismo en busca de su hermano. Jesús es el hermano mayor que comparte la ansiedad del Padre y sale en busca de los hijos de Dios "que andaban dispersos" (Jn 11,53). Y dice: "Quítate el traje sucio. Aparta de ti la culpa y que te vistan de fiesta" (Cf. Zc 3,1-5).

"La dependencia de Dios es la única verdadera independencia... Por eso, el hombre que vive completamente dependiente de Dios tiene en su corazón una gozosa levedad" (Kierkegaard).

Combatir el pecado

Cristo nos dice: No esperes a que tus pecados ocultos aparezcan como psicosis, neurosis y compulsiones. Desembarázate de ellos en sus mismas raíces. ¡Arrepiéntete! ¡Purifícate! El mal que puede ponerse en estadísticas o ser encerrados en cárceles ya es difícil de remediar..., aunque en realidad nunca es tarde para recomenzar.

Lo que aparta de Dios es el pecado; y radicalmente, el pecado mortal. Ese es el único mal en sentido pleno para un hijo de Dios. En sentido absoluto, es bueno lo que nos acerca a Dios, Sumo Bien; y malo lo que nos aleja de él, de su amor.

El pecado es una grave infracción de la ley de Dios, realizada con pleno conocimiento y pleno consentimiento. No es una simple infracción "técnica" de la ley divina, sino el rechazo del Amor de Dios manifestado en que Cristo padeció y murió por nosotros. El pecado es crucificar, desgarrar a martillazos las manos y los pies del Hijo de Dios.

El Santo Cura de Ars decía: "Quien no ama a Dios ata su corazón a cosas que pasan como el humo. Cuanto más se conoce a los hombres, menos se les ama. Con Dios ocurre lo contrario: cuanto más se le conoce, más se le ama. Este conocimiento abrasa al alma con tal amor, que quien le conoce sólo ama y desea a Dios. El amor a Dios es un sabor anticipado del cielo: si supiéramos probarlo, qué felices seríamos. ¡Lo que hace desgraciado es no amar a Dios!"².

² José Pedro Manglano, *Orar con el curado Ars*, Desclée de Brouwer, España, 200. n. 2.2. p. 27

San Josemaría Escrivá rezaba con frecuencia esta jaculatoria: **“¡Aparta, Señor, de mí lo que me aparte de Ti!”**, que vienen a ser como una prolongación de la última petición del Padrenuestro: **Líbranos del mal.**

El Catecismo enseña que “el mal no es una abstracción, sino que designa una persona, Satanás, el Maligno”³, que trata de inducirnos al pecado valiéndose del engaño, porque es *mentiroso y padre de la mentira*. Lo importante es no pactar con nuestras miserias. Para eso hay que llamar a las cosas por su nombre.

Puedes echarlo todo a perder

Profeta Ezequiel nos dice: “Porque en cualquier día que el justo peque, todos sus méritos se echarán en el olvido ante mí” (Ez 30, 13). Dios amenaza con castigos a los justos si caen; mientras que a los pecadores les promete misericordia para que se animen a levantarse. ¿Eres justo? Teme la ira para que no caigas. ¿Eres pecador?, confía en la divina misericordia para que te levantes⁴.

Hay que ver a Cristo en la Cruz para comprender qué es el pecado. Hay una laguna en nuestra educación si no conectamos el pecado con los sufrimientos de Cristo. El pecado es una acción que destruye nuestro vínculo familiar con Dios y nos aparta de la vida y de la libertad. ¿Cómo sucede esto?

La tentación

No pedimos a Dios que no tengamos tentaciones, sino que no nos deje caer en ellas. Las tentaciones son a la vez *pruebas*, ocasiones para afirmar el amor a Dios. “*Bienaventurado el hombre que sufre tentación, porque, una vez probado, recibirá la corona de la vida que Dios prometió a los que le aman*” (St 1,12).

Tenemos obligación ante todo, de resistir la tentación. Si entonces fallamos y pecamos, tenemos la obligación de arrepentirnos inmediatamente. Si no nos arrepentimos, Dios deja que vayamos a lo nuestro: permite que experimentemos las consecuencias naturales de nuestros pecados, los placeres ilícitos. Si seguimos sin arrepentirnos –mediante la abnegación y los actos de penitencia- Dios permite que continuemos en pecado, formando así un hábito, un vicio, que oscurece nuestro entendimiento y debilita nuestra voluntad.

³ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2851.

⁴ Cfr. San Gregorio Magno, *Las parábolas del Evangelio, Homilía 34 in Evangelia*, Rialp, Nebli, Madrid 1999, p. 154.

Una vez que estamos enganchados en el pecado, nuestros valores se vuelven al revés. El mal se convierte en nuestro "bien" más urgente, nuestro más profundo anhelo; el bien se presenta como un "mal" porque amenaza con apartarnos de satisfacer nuestros deseos ilícitos. Llegados a ese punto, el arrepentimiento llega a ser casi imposible, porque el arrepentimiento es, por definición, un apartarse del mal y volverse hacia el bien; pero, para entonces, el pecador ha redefinido a conciencia tanto el bien como el mal. Isaías dijo de tales pecadores: "¡Ay de aquellos que llaman mal al bien y bien al mal" (Is 5, 20).

Una vez que hemos abrazado el pecado de esta manera y rechazado nuestra alianza con Dios, sólo puede salvarnos una calamidad. A veces lo más compasivo que puede hacer Dios con un borracho, por ejemplo, es permitir que destroce el coche o que le abandone su mujer..., lo que le forzará a aceptar la responsabilidad de sus actos⁵.

Vivir una vida buena no es vivir libre de tribulaciones, sino vivir libre de preocupaciones innecesarias.

"El género humano -.dijo el poeta T.S. Eliot- no puede soportar mucha realidad". No necesitamos mirar lejos para probar este aserto. La gente huye hoy, uno por uno, de la vida real, retirándose cada quien a su distracción particular. Las vías de escape van desde las drogas y el alcohol hasta la novela rosa y los juegos de realidad virtual.

¿Qué pasa con la realidad para que el género humano la encuentre tan insoportable? Lo que pasa es que la enormidad del mal, su presunta omnipresencia y poderíos, y nuestra aparente incapacidad para escapar de él... nuestra incapacidad, incluso, para no *cometerlo*. Parece que el infierno está en todas partes amenazando con sofocarnos,

Ésta es la realidad que no podemos soportar. Pero es también la cruda y terrible realidad que dibujó San Juan en el Apocalipsis. Las bestias son el poder en la sombra que mueve naciones e imperios; se fortalecen con la inmoralidad de la gente a la que seducen; se emborrachan con el "vino" de la fornicación, la avaricia y el abuso de poder de sus víctimas⁶.

Ante tal oposición tenemos que escoger: o presentar la batalla, o darse a la huida. Huir podría parecer la elección más razonable; sin embargo, la huida no es una opción real. "Esta guerra es inevitable, y el que en ella no lucha, de todas maneras se ve inexorablemente enredado en ella y sucumbe. Es que nos enfrentamos a enemigos tan

⁵ Scott Hahn, *La cena del Cordero*, Patmos, 143-144.

⁶ Scott Hahn, *La cena del Cordero*, Patmos, Madrid 2002, p. 168-169.

obstinados y furiosos que de ellos no podemos esperar jamás ni tregua ni paz”⁷.

Más aún, no podemos subir al cielo, si huimos de la batalla. Dios nos ha destinado a nosotros, a la Iglesia, a ser la Esposa del Cordero. Pero no podemos gobernar, si no derrotamos primero a las fuerzas que se nos oponen, a los poderes que pretenden hacerse con nuestro trono. Dos tercios de los ángeles están de nuestra parte. El Apocalipsis muestra que son los santos y los ángeles los que dirigen la historia con sus oraciones.

El mal ha prosperado, por eso hemos de tener la inteligencia más despierta que nunca. Sólo la insensibilidad producida por la rutina o el atolondramiento frívolo, pueden permitir que se contemple el mundo sin ver allí el mal. Hemos de ser optimistas, pero con el optimismo que nace de la fe en Dios.

Vivir de espaldas a Dios es una falsa ilusión de libertad, es la peor de las desgracias. Juan Pablo II ha señalado en esta cerrazón a la misericordia divina una característica de nuestra época. Es bien patente a todos la imagen del *hombre encerrado en el pecado, haciendo imposible por su parte la conversión y, por consiguiente, también la remisión de sus pecados, que considera no esencial o sin importancia para su vida. Esta es una condición de ruina espiritual*.⁸(...). La acción del Espíritu Santo, que tiende a convencernos de pecado -sólo el Espíritu Santo nos hace comprender la fealdad del pecado-, encuentra que la conciencia está impermeabilizada, que hay *dureza de corazón*, porque se ha perdido el sentido del pecado. Hay que ver a Cristo en la Cruz para comprender qué es el pecado.

Es una pura ilusión pretender mantenernos inmunes al **espíritu mundano**, si lo que entra a oleadas en nuestro interior, por los ojos y por los oídos, no es otra cosa que el centelleo de sus colores, la sensualidad de sus imágenes, la falsa inocencia de sus “desnudos”, la violencia de sus escenas. El mundo más peligroso no es el que nos combate, sino el que nos atrae; no es el que nos odia, sino el que nos acaricia (Cantalamesa).

No nos ha de dar miedo esta situación. Tiene remedio. El ser humano tiene una capacidad grande de recapacitar y regenerarse.

Alternativa: o santos o fracasados

⁷ Lorenzo Scupoli, *Combate espiritual*, San Pablo, Madrid 1996, p. 103. Citado por S. Hahn.

⁸ Juan Pablo II, Litt. Enc. *Dominun et Vivificantem.*, 18-V-1986, nn. 46-47.

Cuando Pablo escribe: "Esta es la voluntad de Dios, que seáis santos", es evidente que se refiere a la santidad que es fruto del esfuerzo personal. Añade: "Que os apartéis del desenfreno, que cada cual sepa controlar su propio cuerpo santa y respetuosamente" (Ts 4, 3-9).

Dios nos invita a volar alto, en su compañía. "Extendió sus alas, los tomó y los trajo sobre sus plumas" (Dt 32,11). "Os llevé sobre alas de águila y os traje a mí" (Ex 19,4). Dios se compara a sí mismo con un águila que enseña a sus polluelos a volar y a vivir en las alturas.

La santidad no es una imposición ni una carga, es un privilegio, un don, un supremo honor. Una obligación, sí, pero que proviene de nuestra dignidad de hijos de Dios. El hombre debe ser santo para hacer realidad su identidad más profunda: la de ser "imagen y semejanza de Dios". El hombre no es sólo *naturaleza*, sino *vocación*.

Es lo que también decía la Madre Teresa de Calcuta: "La santidad no es un lujo, sino una necesidad".

El filósofo Pascal ha formulado el principio de los tres órdenes o niveles de grandeza: el orden de los cuerpos o de la materia, el orden de la inteligencia y el orden de la santidad. Una distancia casi infinita separa el orden de la inteligencia del de los cuerpos, pero una distancia más grande separa al orden de la santidad del de la inteligencia. A los santos "les basta Dios"⁹. Este principio nos permite valorar en su justa medida las cosas y las personas. La mayor parte de la gente se queda en el primer nivel y ni siquiera sospecha que pueda existir un plano superior. Son los que pasan la vida preocupados por acumular dinero, poder o por cultivar la belleza física. La santidad redundante, no sólo en beneficio de quien la posee sino de todos. "Una sola gota de santidad –decía el músico Gounod– vale más que un océano de genio".

¿Qué decía el Santo Cura de Ars sobre la Confesión?

San Juan María Vianney, el cura de Ars, afirmaba que, para recibir el sacramento de la Penitencia son necesarias tres cosas: La **fe**, que nos revela a Dios presente en el sacerdote. La **esperanza**, que nos hace confiar en que Dios nos otorgará la gracia del perdón. La **caridad**, que nos lleva a amar a Dios y que inculca en nuestro corazón el dolor de haberle ofendido (Cura de Ars).

El Santo Cura de Ars explicaba asimismo la necesidad de ser sinceros al confesar los pecados: Hay quien esconde pecados mortales por diez, veinte, treinta años. "Siempre están atormentados; siempre

⁹ Pascal, *Pensamientos*, 593.

está presente su pecado en su mente; siempre tienen el pensamiento de decirlo, y nunca lo hacen... ¡es un infierno! Cuando hacéis una buena confesión, habéis encadenado al demonio. Los pecados que escondemos reaparecerán todos. Para esconderlos bien, hay que confesarlos bien". Y añadía: "Hay que dedicar más tiempo a pedir la contrición que a examinar los pecados". Por eso hizo construir la capilla del *Ecce Homo*, una imagen de Cristo azotado y coronado de espinas, donde se preparaban para la confesión. Decía: "Sé muy bien que la acusación que hacéis os exige un momento de humillación... Pero bueno, ¿es verdaderamente humillante acusar los propios pecados? El sacerdote sabe ya más o menos lo que podéis haber hecho"¹⁰.

Tenía un gran afán de ayudar a los demás: "No me encuentro bien, decía con buen humor, sino cuando ruego por los pecadores... Si ya tuviese un pie en el Cielo y me dijese que volviese a la tierra para trabajar en la conversión de un pecador, con gusto volvería. Y si para esto fuera menester estar aquí hasta el fin del mundo, levantarme a media noche y sufrir lo que ahora sufro, aceptaría de todo corazón".

Un joven de familia noble llegó de Marsella, quería confesarse con el Cura de Ars. Se encontró con el hermano Atanasio, director de la escuela, a quien hizo varias preguntas sobre la vida del cura: Quiere usted decirme, hermano, ¿a qué familia pertenece el Reverendo Vianney, dónde ha hecho sus estudios, en qué medio social ha vivido, qué cargos desempeñó antes de ser destinado a esta parroquia? El Hermano Atanasio le contó que provenía de una familia pobre, que casi no tenía estudios, que no desempeñó cargo alguno antes, etc. Y el Hermano le dice: ¿Por qué me pregunta usted eso? A lo que el joven caballero contesta: Porque me ha encantado la exquisita finura con que me ha recibido. Al entrar en la sacristía, me saludó muy amablemente; me colocó en el reclinatorio, y no se sentó sino después. Terminada la confesión, fue el primero en levantarse, me abrió la puerta, me saludó, y siempre con aquella finísima cortesía, introdujo al penitente que seguía. El Hermano Atanasio explicó que el Cura de Ars trataba a todos igual. A lo que el joven dijo: —Ya entiendo, es un santo, vive la caridad, que es la fuente de la verdadera educación.

El Santo Cura de Ars, con más de treinta años de experiencia, aseveraba: "El que vive en el pecado toma las costumbres y formas de las bestias. La bestia, que no tiene capacidad de razonar, sólo conoce sus apetitos; del mismo modo el hombre que se vuelve semejante a las bestias pierde la razón y se deja conducir por los movimientos de su cuerpo. Un cristiano, creado a imagen de Dios, redimido por la sangre de Dios... ¡Un cristiano, objeto de las

¹⁰ José Pedro Manglano, *Orar con el Cura de Ars*, Desclée de Brouwer, España, 2000, n. 9.10, p. 135.

complacencias de las tres Personas Divinas! Un cristiano cuyo cuerpo es templo del Espíritu Santo: ¡he aquí lo que el pecado deshonra! El pecado es el verdugo de Dios y el asesino del alma..."¹¹.

Y continúa San Juan María Vianney: "Comprender que somos obra de Dios, es fácil; pero que la crucifixión de un Dios sea nuestra obra, ¡es incomprendible!"

((Se propone poner lo que sigue en un recuadro))

San Gregorio Magno escribe: *"Como Dios permite el arrepentimiento después de cometidos los pecados, si el hombre llegase a saber el tiempo en que había de salir de este mundo, podría invertir parte del tiempo en la voluptuosidad, y lo restante en hacer penitencia; pero el que ha prometido el perdón al que se arrepienta, no ha prometido al pecador el día de mañana. Debemos temer en todo tiempo el último día, cuya llegada no podemos prever"* (Homilía 12 *in Evangelia*). Y continúa: *"Todas las cosas de este mundo, por grandes que parezcan, son pequeñas en comparación con la retribución eterna"* (Homilía 9).

¹¹ José Pedro Manglano, *Orar con el cura de Ars*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2000, n. 1.3 p. 37.